AÑO XI.
Nº 479.

EL DIA

MONTEVIDEO,
MARZO 22 DE 1942



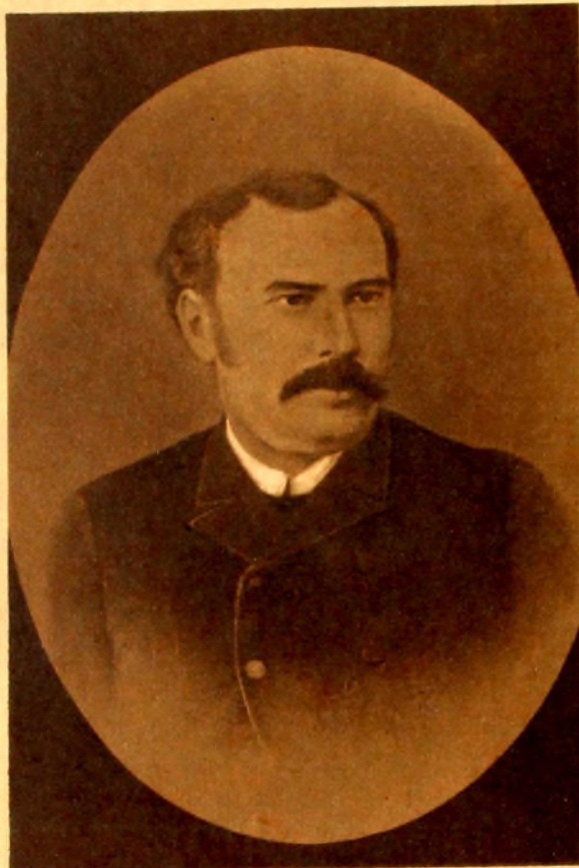
EL GUARDIAN DE LA GRUTA. – Cerro del Arequita. – Depto. de Lavalleja.

(FOTOS JULIO MARIA SOSA)

Alejandro Uguccioni

Un gran músico en nuestro ambiente

1841 - 1895



EL EXIMIO VIOLINISTA EN SUS ULTIMOS AÑOS, CUANDO CONTINUABA CULTIVANDO A SU AUDITORIO.

"Nada más que la vida puede iluminar la obra, pero esa vida está formada por miles de emociones, y sólo quien sea capaz de rastrearlas logrará poner ante nuestros ojos a un hombre cabal".

EMIL LUDWIG.

DESPUES de tres años de lucha, en plena Guerra Grande, y pasado el período de pánico e incertidumbre, que trae aparejado la iniciación de toda guerra, la serenidad renació en el espíritu de los defensores de la Capital de la República.

Defendida la ciudad en 1846, por la parte de tierra, con dos sólidas líneas de fortificación, que fueron alejando cada vez más a los sitiadores del recinto de la plaza, poniéndola a cubierto de los fuegos del enemigo, apaciguados los ánimos, la vida de la ciudad se desarrolló dentro de una relativa normalidad, y sus habitantes afrontaron con resignación y estoicismo esta cruenta lucha, sin que decayera en ningún momento su energía moral.

Y allí, en esa época de angustias y de dolor, en uno de los momentos más críticos y penosos de nuestro pasado donde las fuerzas espirituales en constante fervor, luchaban por sobreponerse al ambiente materialista e inhumano que las rodeaba, fué que Alejandro Uguccioni sintió sus primeras emociones.

Y fué allí, también, bajo el hermoso cielo de nuestra tierra, que el músico recibió las primeras inspiraciones de su arte.

Nacido en España, se le trasladó a Montevideo, en el año 1842, cuando apenas contaba tres meses.

Su padre José Uguccioni, nació en Roma. Violinista, Profesor de la Orquesta del Liceo de Barcelona, en cuya ciudad contrajo enlace con doña Josefa Monrás; vivió en ella por espacio de algunos años, donde nacieron sus hijos José y Alejandro. Al radicarse en Montevideo, se dedicó a dar clases de música.

A estas clases concurrió Alejandro primero por simple curiosidad, después como oyente, y más tarde como discípulo.

En 1846, Uguccioni, fué actor en un hecho que puso de relieve sus inclinaciones artísticas y su vocación por el arte de Verdi.

Esta incidencia en la iniciación de este gran músico, a pesar de que fué conocida por la mayoría de los habitantes de la ciudad, quizás hubiera pasado inadvertida, si Uguccioni no hubiera triunfado en su carrera artística; pero apenas conquistados los primeros laureles, trece años después de que aquel hecho tuviera lugar, éste fué recordado públicamente en los siguientes términos:

"Un niño de cuatro años permanecía parado a la puerta de una tienda, con los ojos fijos en un violincito. El tendero que lo observaba, le ofreció dárselo si era capaz de tocar en él alguna pieza; el niño aceptó la propuesta tocando algunas variaciones, ganó el violín prometido, con asombro de todos los que lo oyeron, quienes creyeron ver un nuevo Paganini".

Los padres de este niño, que a tan temprana edad había sido atraído por la vocación, trataron de facilitarle los estudios necesarios para formar de él un profesor.

Y a tal efecto, emprendieron viaje alrededor del mundo, pasando primero a Buenos Aires.

En esta ciudad debutó el 12 de mayo de 1849, en el Teatro de la Victoria, tomando parte, en compañía de su hermano José, — cuatro años mayor que él — en un gran concierto vocal e instrumental.

Después pasaron a Río de Janeiro, donde dieron algunos conciertos, mereciendo las mayores consideraciones del Emperador y la Emperatriz; luego pasaron a Bahía y Pernambuco, donde hizo furor; valgan las expresiones de un cronista contemporáneo.

Después de recorrer Estados Unidos, Lisboa y España, se radicó en Italia, donde completó sus estudios.

Pocos años más tarde, a principios de 1859 el joven Alejandro Uguccioni regresó a su segunda patria, dándose a conocer del público montevideano, en un concierto que se realizó en el Teatro San Felipe y Santiago de esta ciudad, mereciendo aplausos generales en cada una de sus ejecuciones.

El joven Uguccioni, a los 18 años era todo un profesor de violín, uno de los instrumentos musicales más difíciles.

Todos los que lo oyeron convinieron en que en poco tiempo más sería una verdadera notabilidad en el mundo artístico.

La noche de su debut ejecutó varias piezas clásicas, y su ejecución produjo entre los espectadores un gran entusiasmo.

El artista, después de tanto aplauso y repetidas llamadas a escena quedó convencido de que sus nobles afanes habían sido apreciados.

Desde esta su primera audición, conquistó las simpatías del público y de los críticos, uno de los cuales se expresaba así: "La ejecución en su instrumento es perfecta y admirable, tocando con precisión y seguridad piezas largas y difíciles en las variaciones sobre temas del "Trovador" y el "Carnaval de Venecia", nos hizo conocer las notas dulcísimas, inolvidables que una mano hábil puede arrancar de un instrumento harto difícil con la limpieza extraordinaria con que las ejecuta el joven Uguccioni.

"Al verle, al oírle, cuántas esperanzas se dejan concebir para el porvenir de este joven. Su escuela es italiana y más tarde cuando el gusto pronunciado del artista acompañe las dificultades vencidas del instrumento, será un portento en su arte".

Las profecías de este crítico se cumplieron. Uguccioni llegó a ser uno de los [illegible]cipales elementos de nuestra [illegible] [illegible]ilarmónica. Fué un artista [illegible]zudo y serio, un profesor hábil, cuyos profundos conocimientos como músico, cuya habilidad e inspiración como ejecutante le conquistaban perennemente puestos de primera fila entre las mejores orquestas.

Hábil director de orquesta y un compositor elegante; muchas obras debidas a su

A mon ami Domingo Gonzalez.

Une Nuit à Cadix.

Valse de Salon.

INTRODUCTION.
Allegro non troppo.
A. Uguccioni, Op 25.
Piano.
Eco.
Eco.
Andante con moto.

INTRODUCCION DE "UNA NOCHE EN CADIZ", CELEBRADO VALS DE UGUCCIONI.

inspirada musa circulan hoy día y alternan en el repertorio de las buenas composiciones de salón, descollando entre ellas la que lleva el título de "Una noche en Cádiz", pieza brillante y de gracia exquisita.

Por espacio de más de treinta años Uguccioni deleitó al público montevideano en veladas de beneficencia, en conciertos, en las orquestas de la ópera, donde las delicadas notas de su violín en los "a solos" arrebataban de entusiasmo a sus oyentes.
Es que, como decía el crítico del arte, "Delta" seudónimo que correspondía al Profesor Luis D. Desteffanis: "Uguccioni se complace en arrostrar las dificultades del instrumento que domina con el mismo empeño que otros ponen en evitarlo".

Era a la vez que un ejecutante de escuela, un admirador sincero y respetuoso de los maestros y fué sobre todo en el respeto de las grandes obras que puso en evidencia sus dotes de verdadero artista.
Cuando en los teatros rebosantes de público se anunciaba que Uguccioni iba a tocar un "a solo", — dicen las crónicas de la época — se hacía en el acto un silencio absoluto de manera que podía oírse el aleteo de un insecto, y acabando el "a solo" resonaban al unísono estruendosas salvas de aplausos.

Lo que más realzaba los méritos de Uguccioni era su modestia ejemplar y su tacto exquisito. Por eso todos lo querían a la par que lo admiraban.
Se vinculó íntimamente a nuestra sociabilidad y fué en su seno sumamente apreciado por sus altas dotes personales.
Sus procederes siempre fueron los de un perfecto caballero.

De temperamento generoso, derramó el bien a manos llenas y vivió más para sus semejantes que para él mismo.
Su abnegación lo llevó hasta el sacrificio, su amor filial llegó hasta truncarle su porvenir, no sólo en la gloria artística sino en fortuna.
Sus ancianos padres tenían señalado cariño por Alejandro, lo mismo que su hermano José, otro profesor de mérito, que inetgró por espacio de 40 años las mejores orquestas que actuaron en nuestro ambiente artístico. Formó legiones de alumnos de piano y de violín y dejó gran número de composiciones musicales.

Para aquellos buenos ancianos era indispensable que vivieran siempre a su lado Alejandro y José y ésto fué precisamente lo que decidió a aquél de una manera definitiva a rechazar varios contratos para hacer jiras artísticas mundiales, asegurándole de antemano, cantidades con una remuneración importantísima.

Egregio artista, sus excepcionales facultades pueden concretarse así: Un director consciente, un hábil instrumentista, un concertista de nota y un profesor solicitado.
Un crítico y psicólogo a la vez nos presenta a Uguccioni en los últimos años de su vida, en la siguiente forma:
"¡Qué misterio tan insondable la naturaleza humana!
"Ved a ese caballero que pasa por la calle. Se parece a cualquiera. Anda un poco triste, algo desilusionado; el camino • largo y ha tenido que sufrir; es tal vez comerciante, médico, abogado. ¿Quién sabe? Nada lo diferencia de los demás, pasa inadvertido entre la muchedumbre. Su vestir es sencillo y serio; y no lleva ninguno de esos atributos de que gustan rodearse los artistas.

"Cuando duerme el viento, la faz inmóvil del agua nos dice lo profundo de los océanos... Es preciso la tempestad, para que se descubran las grandezas ocultas en el fondo de los abismos...

"Dad un violín a ese caballero y ponedle un arco en la mano... Y el hombre sencillo, el que se parecía a todos, se vuelve, y en su frente y en sus ojos resplandece la luz del arte...

"Ese hombre es Uguccioni, impecable Maestro. ¡Con qué grandeza interpretó el "Moisés" de Paganini! ¿No habéis oído este preludio de la plegaria a "Moisés"? No. ¿Entonces a qué hablar de ello? Hay cosas que se sienten, más no se describen. ¡Hay obras de arte que llenan el espíritu y el corazón; uno se queda subyugado por ellas! Uno escucha y piensa; y el goce o tal vez el sufrimiento artístico es tan poderoso que no se sabe decir el porqué y el cómo de todas esas ideas, todas esas sensaciones, todos esos ecos de voces nunca oídas que de repente invaden el alma... así pasa cuando Uguccioni despierta su violín para hacerle cantar algún canto de algún gran maestro..."

. . . .

El 24 de abril de 1895 falleció prematuramente este gran músico. Un síncope le arrebató la vida sembrando la consternación a su alrededor. Su sepelio fué una imponente demostración de dolor y de un alto valor sentimental.
Concurrieron a él gran número de músicos y dillettanti.

La Comisión Directiva del Conservatorio "La Lira" y del Instituto Verdi concurrieron en corporación.
Pocas veces, en nuestro país se ha rendido un homenaje póstumo a un artista como el que tuvo lugar cuando el sepelio de los restos de Uguccioni.

Concurrieron también a él las bandas de música del Batallón 3º de Cazadores y de Artillería de Plaza, las cuales ejecutaron marchas fúnebres. La primera tocó dos marchas que eran composiciones del malogrado maestro: "Marcha Fúnebre" y "Una Lágrima".

Varios oradores hicieron uso de la palabra para poner de relieve las altas dotes personales y artísticas del extinto.
Y así desapareció aquel gran maestro del escenario de la vida, cuando aún se esperaban de él concepciones brillantes.
El arte musical en nuestro país, perdió a uno de sus más valientes y denodados soldados; a uno de sus intérpretes de talento genial, que escribió una de las páginas más brillantes de la Historia Artística Nacional.

Mariano CORTES ARTEAGA



UGUCCIONI A LOS 30 AÑOS, EN LA EPOCA DE SUS GRANDES TRIUNFOS ARTISTICOS.

THEATRO
GYMNASIO DRAMATIO
Terça Feira 20 de Maio de 1856
RECITA EXTRAORDINARIA LIVRE DE ASSIGNATURAS
Honrada com as Augustas Presenças de
SS. MM. II.
Primeira representação, na qual se apresentará o *Joven rabequista* Alexandre Uguccioni, que outr'ora, na idade de seis annos, exhibio provas do seu talento, na presença do respeitavel publico desta côrte.
O joven Alexandre executará, nos intervallos, as seguintes peças de musica:
O *Tremulo*, com toda a orchestra. — *Beriot*
Brilhante aria militar, com variações do maestro — *Prume*
Carnaval de Veneza, andante, thema, e 25 variações burlescas, de — *Ernest*
Fantasia burlesca, com acompanhamento de orchestra, composta e executada pelo joven — *Uguccioni*
A companhia dramatica representará a linda comedia em 2 actos, intitulada:
O MAIS BELLO DIA DA VIDA!
Segue-se a jocosa comedia em 2 actos, intitulada
A PRINCEZA E A TAMANQUEIRA
Finalisará com a comedia em 2 actos intitulada, o
REI FEITO Á FORÇA
Principiará às 7 ½ horas.

PROGRAMA DE UN GRAN CONCIERTO OFRECIDO POR EL NIÑO UGUCCIONI EN PRESENCIA DE SUS MAJESTADES, EN RIO DE JANEIRO, AÑO 1856.

TEATRO
DE LA VICTORIA.
COMPAÑIA LIRICA.
GRAN CONCIERTO VOCAL E INSTRUMENTAL,
FUNCION ESTRAORDINARIA
El Sabado 12 de Mayo de 1849.
A BENEFICIO DEL NIÑO
JOSE UGUCCIONI.
PRIMERA PARTE.
SEGUNDA PARTE.
A las 8 en punto.

PROGRAMA DEL CONCIERTO BRINDADO POR EL PRECOZ ARTISTA EN BUENOS AIRES EN EL AÑO 1899 (EPOCA DE ROSAS).

THEATRO
DE S. PEDRO DE ALCANTARA.
ACADEMIA DE MUSICA
Vocal e Instrumental
JOSE, E ALEXANDRE UGUCCIONI
Primeira Parte.
Segunda Parte.

EN UNA DE SUS PRIMERAS PRESENTACIONES EN PUBLICO, A LOS CINCO AÑOS DE EDAD, (1847). EN RIO DE JANEIRO.



SESION INAUGURAL DE LA CONFERENCIA INTERAMERICANA DE CONSOLIDACION DE LA LA PAZ, EN BUENOS AIRES. 1936.

OTRAS CONFERENCIAS PANAMERICANAS

EN mi artículo anterior me referí a las ocho primeras conferencias panamericanas reunidas, de acuerdo con lo que señalan sus Estatutos, periódicamente, y en consonancia con plazos que se han señalado definitivamente, cada cinco años. Hoy quiero hablar de otras reuniones panamericanas que han tenido el mismo volumen, la misma importancia que aquellas, pero que han sido convocadas fuera de tales plazos, por motivos especiales, siempre de gran trascendencia para el continente. De todas ellas me detendré en cuatro de las más recientes, por parecerme las que han tenido mayor influencia en el desarrollo de la doctrina panamericana desde el punto de vista de su aplicación en los hechos, es decir, no como valor doctrinario y teórico, sino como instrumento de ejecución de los principios de solidaridad continental. Son ellas: la "Conferencia de Consolidación de la Paz", reunida en Buenos Aires en 1936, por iniciativa del Presidente Roosevelt, que se trasladó a esa capital para asistir a ella, y las tres Conferencias de Cancilleres que tuvieron por sede las ciudades de Panamá, La Habana y Río de Janeiro, en 1939, 1940 y 1942, respectivamente.

El motivo originario de la "Conferencia de Consolidación de la Paz", fué la guerra del Chaco que estallada unos años antes entre Bolivia y Paraguay había resistido a todas las iniciativas tomadas por los países americanos para detenerla. Naturalmente, se abordaron allí otros problemas, buscándoseles adecuada solución, pero el motivo dominante fué el de dar a la Unión Panamericana un instrumento eficaz para evitar, en territorio continental, el estallido de nuevos conflictos armados. Desde ese punto de vista, fueron aprobados por unanimidad, varios tratados que establecieron normas definitivas en estos importantes asuntos: "Mantenimiento, afianzamiento y restablecimiento de la paz"; "No intervención"; "Prevención de las controversias"; "Buenos oficios y mediación"; "Medios para coordinar, ampliar y asegurar el cumplimiento de los tratados existentes entre los Estados americanos". Fueron, además, aprobadas convenciones sobre los siguientes temas: "Carretera panamericana"; "Fomento de las relaciones culturales interamericanas"; "Intercambio de publicaciones"; "Exposiciones artísticas"; "Orientación pacífica de la enseñanza"; "Películas educativas y de propaganda", etc.

De todas esas convenciones, firmadas el 23 de diciembre de 1936, la que se destaca es la que se refiere al "Mantenimiento, afianzamiento y restablecimiento de la paz", la que, como es lógico, mereció la mayor atención de los asambleístas. Después de varios considerandos en los que se ponen en claro los propósitos que animan a todas las repúblicas del continente, esa declaración expresa y sustenta en sus artículos fundamentales, lo que sigue:

"1º — En caso de verse amenazada la paz de las repúblicas americanas y con objeto de coordinar los esfuerzos para prevenir dicha guerra, cualquiera de las repúblicas americanas signatarias del "Tratado de París" de 1928, o del "Tratado de no agresión y conciliación de 1933" o de ambos, miembros o no de otras instituciones de paz, consultará con los demás gobiernos de las repúblicas americanas, y éstos, en tal caso, se consultarán entre sí, para los efectos de procurar y adoptar fórmulas de cooperación pacifista.

"2º — En caso de producirse una guerra o un estado virtual de guerra entre países americanos los gobiernos de las repúblicas americanas representados en esta Conferencia efectuarán, sin retardo, las consultas mutuas necesarias a fin de cambiar ideas y de buscar dentro de las obligaciones emanadas de los pactos ya citados y de las normas de la moral internacional, un procedimiento de colaboración pacifista; y en caso de una guerra internacional, fuera de América, que amenazare la paz de las repúblicas americanas, también procederán las consultas mencionadas para determinar la oportunidad y la medida en que los países signatarios, que así lo deseen, podrán eventualmente, cooperar a una acción tendiente al mantenimiento de la paz continental.

"3º — Se estipula que toda incidencia sobre interpretación de la presente Convención que no haya podido resolverse por la vía diplomática será sometida al procedimiento conciliatorio de los convenios vigentes o al recurso arbitral o al arreglo judicial".

Las otras convenciones, referentes a la prevención de las controversias, a los buenos oficios y mediación; a ampliar, coordinar y asegurar el cumplimiento de los tratados existentes, son, hasta cierto punto, complementarias de la primera y señalan los procedimientos a seguir para impedir los conflictos armados entre las naciones americanas. La "Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz" fijó nuevos procedimientos de intervención amistosa que han dado excelentes resultados para resolver dos conflictos armados: la guerra entre Bolivia y Paraguay, y el estado de violencia producido recientemente entre Ecuador y Perú, que fué resuelto definitivamente, en la "Tercera Conferencia de Cancilleres Americanos" reunida en Río de Janeiro en enero del presente año.

En la "8ª Conferencia Panamericana" reunida en 1938 en Lima, se estableció el régimen de las consultas colectivas entre los cancilleres de las repúblicas americanas por iniciativa de uno o varios de ellos, cuando las circunstancias lo hicieran necesario. No pasó mucho tiempo sin presentarse la ocasión de poner en juego ese nuevo procedimiento. El estallido de la guerra europea, en setiembre de 1939, dió motivo a un primer contacto entre los Ministros de Relaciones Exteriores, el que se realizó en la ciudad de Panamá. Teniendo en cuenta la gravedad del suceso y sus inevitables repercusiones en América, — sobre todo desde el punto de vista económico y política, — la Conferencia de Panamá proclamó la absoluta neutralidad de los países americanos frente al nuevo conflicto, reafirmando, al mismo tiempo, los principios de solidaridad americana. Se tomaron resoluciones tendientes a asegurar la libertad de comercio y transporte de pasajeros y mercaderías americanos a través de todos los mares; a prevenir las repercusiones de carácter económico producidas por los bloqueos de los países beligerantes y otras referentes al contrabando, a la humanización de la guerra, etc. La más importante de todas las resoluciones tomadas en Panamá fué aquella que, con el propósito de que fuera debidamente respetada la neutralidad americana, trazó una línea de aislamiento, a 300 millas de las costas del continente americano, desde el Canadá hasta el cabo de Hornos, dentro de cuya zona se prohibía a los beligerantes desarrollar cualquier acto de beligerancia. Sabido es que los beligerantes no respetaron esa decisión y que sólo se declararon dispuestos a aplicar las convenciones mundiales que señalan como dominio propio de cada Estado costero o faja o zona, de tres millas de ancho. Como muchos lo pronosticaron en aquel momento, — el que ésto escribe entre otros, — la "Declaración de Panamá" no tuvo ninguna aplicación en la práctica y los gobiernos americanos, con buen sentido, no insistieron en su cumplimiento que les hubiera traído incidentes inútiles que debían y querían evitar.

La Segunda Conferencia Panamericana de Cancilleres se reunió en La Habana en el curso del mes de julio de 1940. Los triunfos recientemente obtenidos por el Reich alemán, — invasor de Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, — provocaron gran alarma en nuestro continente, en el que, por razones de cultura democrática siempre se temió el triunfo del totalitarismo en Europa y sus inevitables repercusiones en el Nuevo Mundo. Fué el gobierno norteamericano el que tomó esa iniciativa, enviando a la capital cubana a una lucida delegación presidida por el Ministro de Estado, Mr. Cordell Hull. Previamente, se aprobó allí, por aclamación, el informe presentado por un Comité panamericano de jurisconsultos que se había reunido en Río de Janeiro, y que constituye el trabajo más avanzado y completo q se ha realizado hasta el presente en el mundo en materia de neutralidad internacional. Pero lo más importante, — desde el punto de vista de las realidades inmediatas que fueron las que dieron motivo a la convocatoria de la Conferencia, — fueron otras resoluciones a las que me referiré en seguida. En primer lugar se aprobó, con muy ligeras variantes, una proposición de Estados Unidos referente a la no transferencia a otras naciones no americanas de los territorios americanos que son todavía colonias europeas, aplicándoles los principios derivados de la doctrina de Monroe. En tal forma se aseguró la definitiva americanización de dichos territorios



ASPECTO PARCIAL DE LA CIUDAD DE PANAMA.



EL PRESIDENTE ROOSEVELT ACOMPAÑADO DEL PRESIDENTE JUSTO A SU LLEGADA A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, EN 1936.

en el caso de que sus actuales poseedores perdieran la contienda, impidiendo que ellos pudieran ser considerados como botín de guerra. Esa resolución, conocida como "Declaración de La Habana", dice textualmente: "Las repúblicas americanas reafirman, por considerarlo necesario para su propia preservación y seguridad, su política de no reconocer ni aceptar la adquisición por la fuerza de territorios en este hemisferio. Consideran toda cesión o intento de cesión de la soberanía, jurisdicción, posesión o cualquier otro interés o contralor impuesto sobre esas regiones como perjudicial a la conservación de la p[illegible] y seguridad y a su independencia política. Semejante cesión, o intento de cesión, o adquisición de derechos o intereses, directa o indirectamente, de ninguna manera será reconocida o aceptada por las repúblicas americanas ni por ninguna de ellas. Las repúblicas americanas se reservan [illegible] derecho de juzgar cualquier cambio en l[illegible] relaciones políticas de los países europeos que el 1º de setiembre de 1939 poseían regiones geográficas en el continente americano, que reduzca su independencia política o su libertad de acción, aún cuando no haya habido cesión o modificación o[illegible]cial en ésta o en esas regiones". Y más adelante: "Las repúblicas americanas declaran que si creen necesario emprender esa acción, ella no significará la intención de anexárselas, ni será objeto de engrandecimiento territorial de parte de cualquiera de esas repúblicas, y, por el contrario, las repúblicas americanas declaran su firme intención de restaurar ese territorio o territorios a sus soberanías de origen, considerando, en cada caso, si la seguridad de América posibilita esa reintegración, o a reconocer su independencia en el caso de que se admita que están capacitados para gobernarse a sí mismos".

También se tomaron en La Habana resoluciones referentes a la represión de las actividades subversivas dirigidas desde el extranjero contra las instituciones democráticas. Desde ese momento, los países americanos que deseen hacerlo, disponen de un instrumento de consulta y colaboración destinado a prevenir y aplastar, si es necesario, las actividades de las llamadas "quintas columnas". También se aprobó una ponencia de la delegación uruguaya que encara la limitación de las actividades de los agentes diplomáticos y consulares de los gobiernos extranjeros en el sentido de prohibirles inmiscuirse no sólo en la política interna y externa de cada gobierno americano sino también en trabajos que entrañen una propaganda que sea contraria al régimen de gobierno imperante en los países en que desempeñan sus funciones. Especialmente amplia y de vastos alcances fué la resolución recaída al aprobarse el proyecto de cooperación económica y financiera interamericana, que constituyó uno de los temas básicos de dicha Conferencia.

La tercera conferencia panamericana de Cancilleres se realizó en Río de Janeiro en el curso del presente año, y de todas las de esa clase fué la que tuvo mayor importancia y repercusión. La iniciativa correspondió, esta vez, al gobierno chileno, y su motivación no fué otra que la necesidad de que las repúblicas americanas se pusieran de acuerdo respecto a la actitud a asumir ante la agresión de que el 7 de diciembre de 1941 fué objeto Estados Unidos por parte del Japón y la declaración de guerra contra dicha república americana por los gobiernos de Alemania e Italia aliados de aquél. Esa consulta se imponía porque estaba resuelto en reuniones anteriores que debía producirse en el caso de que un país americano fuera víctima de una agresión por parte de otro país no continental. Producido el caso, y tan sensacionalmente, no había sino que cumplir con los compromisos que libremente habían aceptado todos los pueblos americanos.

El clima colectivo fué en Río de Janeiro tenso y apasionado. No podía ser de otro modo cuando América toda, de acuerdo con los principios de solidaridad que presiden su unión, tenía que sentirse indignada ante la agresión de uno de sus miembros. Por ello fué que de inmediato, varias delegaciones presentaron el proyecto de romper las relaciones diplomáticas con los países del eje, decisión facilitada por la circunstancia de que con anterioridad algunas lo habían hecho, mientras que otras, — como Cuba, Guatemala, Panamá, Nicaragua, etc., — habían ido más allá declarando la guerra a las potencias agresoras. De todas las ponencias presentadas, la del rompimiento de relaciones fué la que dió motivo a las situaciones más críticas, debido a la incomprensible oposición de la delegación argentina que no aceptó el temperamento de la obligación, pronunciándose por el de la recomendación. Chile, — aunque por razones accidentales y sin extremarse en su actitud, — acompañó a la Argentina, y el resultado fué que lo que debió haber sido obligatorio resultó facultativo, aunque esa incidencia no modificó sustancialmente los resultados. En consecuencia la resolución tomada, después de los considerandos de práctica, expresa que: "las repúblicas americanas siguiendo los procedimientos establecidos por sus propias leyes y dentro de las circunstancias de cada país en el actual conflicto continental recomiendan la ruptura de relaciones con Japón, Alemania e Italia por haber el primero de esos Estados agredido y los otros declarado la guerra a un Estado americano". Esta fórmula se diferencia mucho de la primitiva presentada por las delegaciones de Colombia, Méjico y Venezuela, que encaraba, simplemente, sin ninguna limitación y sin ningún retardo, el rompimiento de las relaciones diplomáticas de todas las repúblicas americanas con las potencias del "Eje", de acuerdo con lo aprobado por la Conferencia de La Habana. Por lo visto, el gobierno argentino encontró modo de eludir el cumplimiento de un compromiso claro y concreto, que lo obligaba a él en el mismo grado que a todos los demás gobiernos del continente.

Aparte de ésta, se tomaron en Río de Janeiro otras resoluciones muy importantes, aunque ninguna de ellas provocó los debates y las situaciones de la que ya dejamos consignada. Entre ellas figuran las del rompimiento de las relaciones económicas con los países del "Eje"; la coordinación entre la acción de los gobiernos tendiente a contrarrestar las actividades antinacionales; la adhesión a los términos fundamentales de la "carta del Atlántico"; la prohibición para todo país americano de hacerse cargo de los intereses de una potencia extra-continental que se encuentre en guerra con alguna nación americana; la que extiende los beneficios de la no beligerancia no sólo a los países americanos que se encuentren en guerra sino también, y a juicio de cada gobierno, a los países de fuera del continente que sean sus aliados y que, en consecuencia, contribuyan directa o indirectamente a la defensa de nuestro hemisferio; la que recomienda la supresión de las comunicaciones radiotelefónicas y radiotelegráficas entre las repúblicas americanas y aquellos países que por haber perdido temporalmente su independencia puedan servir de instrumento al "Eje" y por lo tanto causarnos perjuicios; la que establece que todos los gobiernos americanos deben estar en comunicación constante para cambiar ideas respecto a la mejor manera de combatir las llamadas actividades anti-nacionales, por medio de acuerdos parciales que respondan a la gravedad de cada caso, etc., etc.



REUNION DE CONSULTA ENTRE LOS MINISTROS DE RELACIONES EXTERIORES DE LAS REPUBLICAS AMERICANAS, PANAMA 1939.

Como consecuencia de los oficios interpuestos por la delegación ecuatoriana, la Tercera Conferencia Panamericana de Cancilleres abordó el difícil tema de la solución del secular pleito de límites entre Ecuador y Perú que desde hace tiempo mantenía entre ambos países un estado de verdadera beligerancia. Ese asunto no figuraba en la orden del día, pero no fué eludido por la Conferencia la cual encontró una fórmula transaccional que satisfizo a ambos querellantes. Es la primera vez que en una conferencia panamericana se resuelve, dentro del espacio limitado de sus sesiones, un pleito de límites, con el agravante de que ese pleito había resistido hasta entonces a todas las soluciones que se le habían planteado. Desaparecida así una diferencia que los enemistaba desde la época de su separación, Perú y Ecuador pueden volver ahora a ser amigos como no lo fueron nunca a lo largo de toda su historia. Este hecho es otra prueba más que agregar en favor del panamericanismo cuya acción cordial y benefactora se hace sentir cada vez con mayor eficacia y buen sentido.

La Tercera Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, — para mí la más importante por sus resultados de todas las celebradas hasta hoy, — inicia una nueva época en los anales del panamericanismo; la época de la aplicación en los hechos de los principios y las normas de acción continental aprobados por las conferencias anteriores. Es muy distinto, en efecto, hacer una declaración que compromete para un futuro más o menos lejano, a aprobar una norma de conducta inmediata. En Río de Janeiro se comprobó que hay todavía algunos gobiernos, — no digo pueblos, — que no son sinceramente panamericanistas, integralmente, como deben de serlo para que el panamericanismo pueda dar de sí todo lo que legítimamente puede esperarse. En cambio, y ahora en el terreno de las soluciones que no admiten escapatorias ni dilaciones, se comprobó también que la casi totalidad de los gobiernos americanos tiene plena conciencia de sus destinos y que están dispuestos a cumplir honestamente, y sin ningún esfuerzo, con sus compromisos continentales. En ese sentido, y como muy bien lo han hecho notar el canciller brasileño, Osvaldo Aranha que la presidió brillantemente, y el Sr. Summer Welles que encabezó la delegación norteamericana, la tercera conferencia panamericana de cancilleres constituyó un éxito rotundo pues reveló hasta qué punto los ideales de la solidaridad continental se han hecho carne en estas repúblicas en un lapso realmente breve. Semejantes resultados constituyen una recompensa a los generosos esfuerzos hechos en pro de la solidaridad continental por tantos hombres animosos y un estímulo para los que seguimos luchando por el triunfo del mismo ideal.

Alberto LASPLACES.



TERCERA CONFERENCIA PANAMERICANA DE CANCILLERES EN RIO DE JANEIRO.

EL EMPERADOR AUGUSTO (del año 27 a. de J.-C. al 14 después)

Antiguamente en el Museo del Vaticano. Cedido por el tratado de Tolentino en 1797.



"Todos eran hombres, rudamente curtidos por la aspereza del trabajo, del clima y de los troncos, de los que tenían el color oscuro, su olor y la densa y firme vitalidad de todo lo que nace y vive de la espesa leche con que la tierra nutre a los que están más cerca de ella".



"La lancha se detuvo en varios desembarcaderos para dejar pasajeros y carga. Casi todos eran isleños que iban de una isla a otra, o venían del puerto de San Fernando, con atados y canastas en las que cacareaban gallinas o maullaban gatos".

"Los Frutos Amargos"

ACABA de publicarse una nueva obra del conocido novelista argentino Sr. Max Dickmann titulada "Los frutos amargos", que como todos sus libros anteriores ha recibido un amplio homenaje de la crítica y del público. El escenario en el que se desarrollan la mayoría de las escenas de esta narración es el mismo de "Madre América" — su primer novela y su más amplio éxito hasta ahora — es decir: el delta del Paraná. Sin embargo, "Los frutos amargos", tiene una finalidad distinta, aparte de su sustancia netamente literaria que es aquí como allá, de indiscutible mérito. En su nueva obra Dickmann, estudia el interesantísimo problema de la inadaptación a nuestro medio de ciertas corrientes extranjeras que sólo consideran nuestro territorio y nuestras gentes como campos de explotación industrial en donde aplicar con fruto sus capitales, cosa que hacen teniendo especial ciudado en no dejarse contagiar por el ambiente al que, fuera de aquello, desestiman y desprecian. El final de la obra tiene por escenario la región serrana de nuestro departamento de Minas, que Dickmann conoce muy bien. Creyéndolo de interés para nuestros lectores, hemos extraído algunos párrafos de las descripciones que hace novelista argentino de esa parte tan amable y pintoresca de nuestro territorio por la que él tiene especial predilección.

Completamos esta nota con unos párrafos de "Los frutos amargos" que describen una animada escena campera acontecida en nuestro territorio y los retratos de los protagonistas de la obra tomados, todos ellos, de la realidad, y de lugares en los que se desarrollan sus principales escenas.



"Reca se sentó en el molinete que estaba junto a las vías, y se entretuvo en mirar hacia el camino de tierra, bordeado de añosos árboles, en cuya fronda cantaban alegremente los pájaros".

El día era muy caluroso. La atmósfera, densa del aroma de los pinos, los eucaliptos y las enredaderas, pesaba como un leve cansancio. Caminaron hasta donde comenzaba el camino de autos y se sentaron allí a esperar a Remedios. Desde ese claro del bosque, abierto entre las rocas rosadas y pardas que eran como cicatrices de la montaña, se divisaban la ondulada llanura y los cerros lejanos, envueltos en una nebulosidad lechosa. Un riacho delgado y brillante como un hilo de mercurio, serpenteaba en medio de los campos sembrados, para hundirse más lejos en la entraña de la tierra entre una montaña de talas y espinillos.

Ana estuvo mirando el paisaje sin hablar, pero al rato, poniendo la mano sobre la rodilla de Reca:

—Tenemos que conversar de algo que es muy importante para nosotros — exclamó — pero no sé si hoy podremos, con tanta gente como andará alrededor nuestro. Prométame que volverá esta tarde conmigo al cerro, pase lo que pase. Quiero saber que está usted cerca... hoy más que nunca es indispensable que no me sienta sola.

—Comprendo, Ana — alcanzó a decir él, porque Remedios estaba ya cerca de ellos.

Cuando llegaron al campamento ardían a la sombra de unos talas, dos anchos fuegos de olorosos leños. Algunos peones con bombachas, pañuelos al cuello y alpargatas, cuidaban las reses clavadas en el asador. Había una inusitada alegría y las botellas de caña, el mate y las empanadas pasaban de mano en mano.

Uno de los capataces uruguayos, de barba muy negra y grandes ojos como dos de oros, al ver a Ana y a Reca, les ofreció dos rústicas sillas de paja, mientras daba vuelta un canasto y se sentaba a su lado. En seguida llamó a un peoncito y le ordenó que fuera en busca de los cantores para que entretuvieran a las visitas, mientras preparaban el asado.

Ana tomó mate con flor de azahar, que le sirvió Remedios y escuchó al capataz que le contaba como allí se trabajaba con alegría, no obstante lo penoso de la tarea en esos días de sol abrasador. Todos estaban contentos de poder celebrar con música y caña la fiesta de la compañía.

Entre aquellos hombres rudos y oscuros, Ana parecía, con su vestido claro y su piel blanca, la floración de una exótica planta cuyas raíces aún no se habían hundido bastante en la tierra negra. Pero nadie sabía cuán honda era ya la comunión entre ella y las fuerzas de esa tierra pura e incontaminada, cuyo llamado oía en todas las formas de lo vivo, desde la temperatura ardiente de la roca inmóvil hasta el canto fugaz de los pájaros en el follaje. Vinieron después dos paisanos que usaban ponchos rayados y pañuelos de seda al cuello. Eran los cantores. Se sentaron a la sombra de los árboles y templaron las guitarras. El capataz le dijo a Ana que eran los hermanos Bernabé, famosos payadores de la comarca, que improvisaban la música y el verso acompañándose tan bien, como si fuera un solo hombre el que cantara. Pidieron caña, charlaron un rato y después de ofrecer su primera canción con una reverencia "a la señorita de los cabellos como trigo en flor", se lanzaron en un contrapunto que duró más de media hora.

A Ana le impresionó oír esas voces cadencia lenta, de sonoridad como apagada, como un tenue velo que las hacía más cálidas y profundas. Ellas eran los ecos distantes de un canto que subía desde las entrañas de la tierra. Los dedos corrían sobre las cuerdas con el mismo ritmo con que se mecían las ramas de los pinos en la brisa del atardecer. La caja de las guitarras iba siendo pequeña para tanta música.

El olor del asado fué juntando a toda la gente. Unos de pie, otros en cuclillas y tirados en la tierra dura, comieron entre risas y sorbos de vino, mirando a Ana, cuya presencia allí no llegaban a explicarse. Al promediar el almuerzo, el capataz se levantó y pidió a todos que brindaran por la salud de doña Ana, que les había hecho el honor de alegrar la fiesta, viniendo a pasarla con ellos.

Max DICKMANN.



La casa donde Reca — el segundo protagonista de la novela — pasó los primeros catorce años de su vida, estaba situada en las afueras de San Itatí. Tenía un patio de tierra donde solían reunirse los gitanos que pasaban por el pueblo, para decir la buena ventura o cantar al compás de la guitarra, extrañas canciones.

POR TIERRAS DEL U

EL CERRO DE AREQUITA. – LA PIEDRA,

I

A dos leguas de la ciudad de Minas erige su mole de piedra el cerro de Arequita. El recio mineral parece pulido y labrado por las lluvias y los vientos. Se diría un cubo gigantesco que la tierra no hubiera tenido fuerzas suficientes para levantarlo desde adentro de sus entrañas; o un templo creado por la imaginación cósmica, esperando en vano la cúpula que corone su orgullo; o un órgano al pie de la catedral del aire, donde por la noche los genios arcanos de la naturaleza suben hacia las estrellas sus cantos prodigiosos; o el pecho del huracán que de pronto se hubiera convertido en roca ante el signo mágico de un sacerdote indígena, deseoso de tronchar el exterminio que se desprendía de su locura. Cerca, como si fuese el eco geológico del mismo cerro, si no tan perfecto no menos admirable, modelado en la misma piedra fulgurante, se contorsiona su violento hermano, menos perfecto en la geometría de su estructura, pero más trágico en el sufrimiento de la piedra. Entre ambas moles, y entre los tapices de las laderas de leve inclinación, mueve su agua de dulzura celeste el río Santa Lucía, como un canto entre dos alaridos. Imaginad el medio día en un verano de trópico. Un aire tan diáfano que se iguala a la luz. La piedra dibujada en el azul, con tanto brío, que la roca vive en la vibración resplandeciente. Un colorido tan impetuoso que las sensaciones arrasan todo posible pensamiento. El enorme campo verde crispado en la reverberación de la hora de fuego. Dos águilas cuyos vuelos arrancan llamaradas del borde encendido de las plumas. Una torrencialidad de vida solar irresistible casi a la tierra, en uno de esos instantes en que el planeta toca en el límite del fuego, y de pronto parecería saltar a la hoguera primitiva. Y entonces volved los ojos al agua del río, y tocad la onda con el tacto de la mirada, y sumergid la sensación, repentina, en la frescura del líquido, y gozad la entraña de la corriente como si llegaseis al fondo y rozarais la menuda arena, el musgo de las viejas piedras sumergidas, la pulidez del guijarro bajo el peso del azul flúido, la danza de los peces plateados enrulando su vivo metal en la gozosa frescura... ¡Ah, fué de ese modo que yo sentí el poder y la delicadeza del paisaje, llevando la mirada alternativamente de la piedra incendiada al agua que bebe la luz, sin perder, ni aun en esa hora llameante, la entrañable frialdad y la leve ondulación que la blanquea de espuma entre las piedras y las sorbentes raíces.



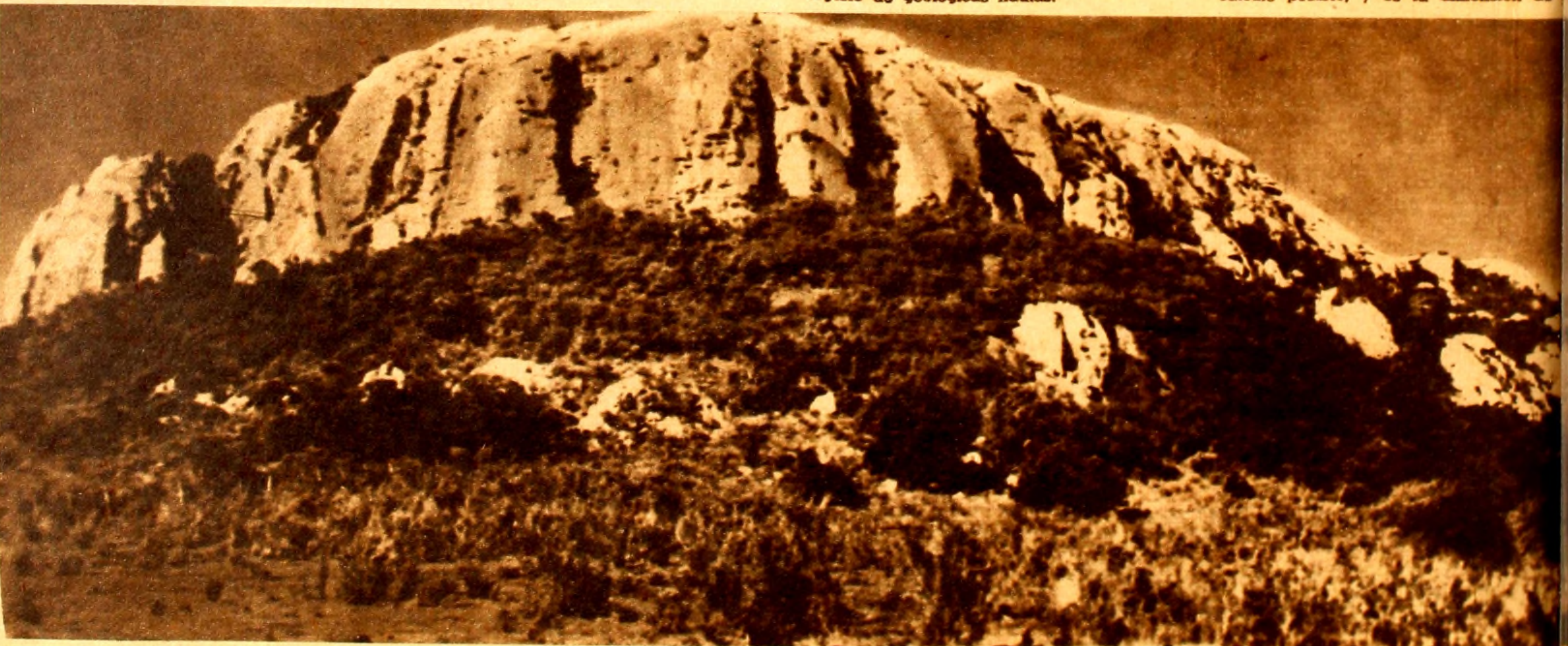
II

El Arequita sorprende entre las otras elevaciones que circundan a la ciudad de Minas. Es un rebelde de la geometría terrestre, que burla la regla de la arquitectura. Desdeña el cono de los otros cerros, e impone a su piedra un molde casi cúbico. Sus laderas se inician en una vasta y lenta curvatura cubierta de una leve capa vegetal, en la que medran gramillas, cardos, chircas, carquejas, cactus, y otras variadas especies que bordan los grandes lienzos tramando las más variadas tonalidades del verde, rico éste más que color alguno en matices y gradaciones. Alternan árboles diversos, más que otros los de punzante agresividad, espinas de la cruz, sombras de toro, talas de nervioso dibujo. Aquí y allá, junto a rugosas piedras de arisca presencia, imponen sus tonos profundos, el canelón y el ancho coronilla. Enfrentada a la muralla que hacia la tarde recibe en su potencia las lanzas del sol, la vegetación arbórea se va encrespando, y trepa con ansiedad humana como para levantar la vida hasta un aire cada vez más alto. La ladera comienza a quebrarse en tanto que sube más, como si el astro gozara la pasión del desgarramiento para darle paso a la selva. Hacia el centro de ese dramático frente se ahueca una amplia hondonada que se prolonga hasta el pie de la roca. Allí crece acaso la más titánica y desesperada selva de ombúes de nuestro país. En verano el espesor del follaje crea una sombra de extraña profundidad, que contrasta con el claro ardor de la piedra. En invierno, el espectáculo es dantesco. Los troncos oscurecen su color. Ramas contorsionadas por una cólera sin tregua, se retuercen ante el pétreo muro, como un clan de titanes que quisiera abatir en vano la morada de un dios resplandeciente. Si el viento irrumpe de pronto, se escucha un sordo rozamiento y un crujido que electriza la fuga de las serpientes. Todos esos árboles se unen, se estrechan, y aunque fijos a sus raíces, se diría que trepan deseosos de cubrir la roca, e imponer a su aridez mineral el tributo magnífico de la vida. Subid ahora algo más con vuestros ojos, y ya no veis otra cosa que la piedra, la mole inquebrantable, cimentada en su propio orgullo, rica de luz y de fulgor entre un aire que mueve sus abanicos diáfanos sobre la aspereza de la roca volcánica. Aquel bloque bien podría ser el emblema de la voluntad o de la soberbia. Todo lo desafía, todo lo resiste, está victoriosamente clavado en su perduración. La nube tempestuosa se complace a veces en desgarrar su propia sombra, para dardear con el rayo el violento desafío de la peña y hendirle nuevas arrugas en la fosca frente. Y también el agua de los siglos, en lentas o vertiginosas lluvias, descendiendo del áspero techo del cerro, labra la recia muralla, y los chorros de nerviosa agilidad plasman toscas y enormes columnas, que vistas a distancia, dan al conjunto un aspecto de templo, o la severidad de un órgano de geológicas flautas.

III

La altura máxima del Arequita sobre nivel del mar, es sólo de doscientos tenta y cinco metros. Si las montañas c cieran con los siglos, como ocurre en años con los seres vivientes, el Arequ sería un recién nacido, una montaña ni y sin embargo, no es esa la impresi que produce en nuestro espíritu. Es v dad que no es uno de esos montes trá cos, de guerrera cumbre, sobre cuya te orgullosa la nieve cincela su casco r plandeciente; uno de esos montes que sanchan sus contrafuertes en una va superficie, y que al arrancar en tremen movimiento de líneas hasta el cielo, c sí volara, despoja a los ojos del goce d más alto color; pero en cambio su mo por la firmeza, y la proporción de su quitectura, parece acomodarse al esfu zo humano, y por instantes la imagin el templo de una raza magnífica, o el gulloso pedestal que ofrecería su sopo a una estirpe de héroes, de profetas, sabios, de aedas, cuyas figuras colosal lobradas en bronce y en mármol, dar a la roca la jerarquía de un altar do se dignificara la divinidad del hombre. esta forma el Arequita tiene una grande distinta a la de una montaña. El model do que le ha impuesto la naturaleza, d tro de su inagotable imaginación, ent casi en las posibilidades del hombre. déis pensar que un arquitecto de genio c mico y de ambición desmesurada, ha ñado el contorno y los relieves de la v lenta roca, y sin que en ella se perdie lo brusco y volcánico de su origen, la h biera sometido a un pensamiento lleno audacia, tal como el de esas vastas co cepciones de los primitivos constructor cuando plasmaban en sus obras ciclópe aspiraciones.

En esa humanización de la piedra, q vincula la plástica del cerro a los m enérgicos sueños de nuestra especie, sublime deja de pertenecer a la natural za, y se hermana a nuestros anhelos. es ya la sublimidad del mar colérico, la nube relampagueante, de la catar atronadora, de la cordillera que humil nuestras fuerzas, del volcán que cubre c su oleaje de fuego las selvas y las ciud des, del ala inmensa de la noche en cu plumaje sombrío arden, desde millones siglos, los soles profundos. El universo p ne límites al hombre con esas inmedibl creaciones. Nuestra dignidad dobla el cu llo, y un misterioso terror se fataliza nuestro destino. Y sin embargo, en el o den de las fuerzas creadoras del genio, hombre llega a lo sublime por la inten dad de la expresión, por la terrible desca ga de todas sus intuiciones. Las semill del espíritu levantan selvas y montañ en el poema y en la sinfonía. La colum oculta una clave matemática tan prodigi sa como la cifra de la montaña. El puen que salta de orilla a orilla se sostiene s bre arcos tan mágicos como las órbitas los planetas. Los personajes de una tr gedia viven más, si los modela Esquilo Shakespeare, empapados del misterio d ser por la savia del verbo, que aquéll cuyo corazón era de carne y por c yos nervios corrió el flúido de las idea Hay una dimensión cuya medida no tie cálculo posible, y es la dimensión de



URUGUAY

...RBOL, LA GRUTA

espiritual. Un pensamiento, un sueño, la perfección de un cuadro, la limpieza y exactitud de un razonamiento, la precisión y diafanidad de una experiencia, el trazado y la plasmación de una poderosa arquitectura, el movimiento del sonido que fluye de una orquesta sometiéndose al ritmo interior de la música, el instante en que el sacrificado tiene conciencia de que da su vida para que el fuego de su sangre vertida mantenga en su rojo fulgor la llama de los altos ideales... ¿Quién aventura un número que cierre en su fijeza la dimensión de tales creaciones y de tales hechos? ¡Ahí se dijera que reside el misterio del Arequita y la expresión sublime de su conjunto. Su trazado, y hasta sus mismas dimensiones físicas, caben en la frente del hombre. En la riqueza de su expresión hay algo de símbolo y de alegoría. Su cuerpo de piedra está sometido a proporciones y lineamientos que nos hablan del poder de la escultura y de la trama de la geometría. La roca resplandeciente, emergiendo del abrazo de los árboles, traza la demarcación entre lo vivo y lo inerte, entre el eterno cambio de la selva, en la rapidez de los procesos vitales, y el desgaste lento y multisecular de la sustancia geológica. Toda la naturaleza parece que allí extrema su lenguaje y quiere traducir sus enigmas en revelaciones. El espíritu sagaz y atento puede extraer, hasta de los más inadvertidos detalles, prodigiosas enseñanzas. Arequita es un idioma cuyas palabras están labradas en la piedra, en la savia, en la sangre, en el aire, en el agua, en la luz y en el vuelo del tiempo adentro y en torno del milagroso conjunto. Hay así en todos esos elementos, la concreción de un deseo humano, la aspiración de convertir la materia en símbolo, la necesidad de que las formas traduzcan el pensamiento y se conviertan en el continente de las esencias humanas. La naturaleza se adelantó, pues, al arquitecto, e hizo en un instante genial y titánico a la vez, lo que hubiera creado un constructor que ansiase apresar y detener en la piedra uno de sus sueños más arrogantes y prodigiosos.

IV

Aunque el Arequita no es el único cerro de forma tabular que emerge en nuestro territorio, no cabe duda de que es el que impresiona más por el vigor del plano horizontal que forma su vasta techumbre. Troncha su altura dilatando una cara gigantesca en una plataforma casi llana, pero en la que no faltan las grietas y los resaltes que enriquecen su sobrio y enérgico trazado. Para que el sentido arquitectónico de ese templo que la naturaleza se ha construído a sí misma, sea aún más semejante a una creación humana, arranca de uno de sus frentes una rampa con rocas que se superponen, dentro de su capricho, a modo de escala adherida a la muralla cortada a pico. A cierta altura, la escala gira de pronto, y las piedras continúan, en sentido contrario, su sorprendente escalonamiento, hasta rematar en una ancha grieta, por cuya línea de fractura, se arriba al techo del cerro. Asombra pensar en este capricho del astro, en la superposición inteligente de los desiguales e irregulares peldaños. Algo hay de primitivo, de salvaje, en el imperio cósmico del trazado, pero hay también algo de humano, de cosa pensada, de reflexiva solución arquitectónica, en esa atrevida escala que se adhiere a uno de los planos verticales del cerro, gira ciento ochenta grados, y sin perder contacto con la roca fundamental, trepa en un movimiento admirable hasta el borde mismo del cubo geológico. Gran parte de esta rampa está marginada por árboles que sumergen sus raigambres sedientas entre las heridas de las piedras, y que con sus copas y ramajes flexibles, destacan el violento contraste del rígido mineral, inmovilizado en su densidad inerte, y lo que el vegetal tiene de gracia y danza en el impulso del viento, pese al nudo vital que ata su raíz a la tierra.

El Arequita no ha querido perder ningún elemento que enriquezca su prodigalidad para la sed del curioso. Dentro de sus potentes entrañas ha separado, en un esfuerzo titánico, dos napas de rocas y ha creado una gruta de sombrío enigma. Se diría que en aquel ámbito aéreo se ampara el alma sutil de la mole. Su cavidad no deja de tener cierta semejanza con la de un cráneo. Dentro late el vuelo de los murciélagos, que en el tremendo silencio y en la soltaria inercia de la roca, mueven el misterio de la vida, siempre audaz, penetrando con su inquietud hasta la temible soledad interior de la montaña, como una flecha de sangre y nervio que desafiase el último terror de las tinieblas.

A cierta altura del cerro, donde comienza a imponer la piedra su impenetrable desnudez, la roca abre su ancha grieta y prolonga un corredor sombrío entre dos altísimos muros. Recorriendo ese pasadizo se llega a un ancho tubo escalonado que perfora el mineral y, luego de estrecharse, se interrumpe en la extraña sombra de la caverna. Hay que descender con lentitud y sigilosa prudencia para evitar una mala caída, y hay que llevar luz para vencer la lobreguez entrañable de la gruta. La impresión es más grande por la estrechez y la profundidad de la abertura, cosa que impide toda visibilidad. El techo es abovedado y el piso desciende y asciende en amplia curva. Finas y múltiples gotas de agua filtran. Si hacéis silencio, las sentís caer desprendiendo breves notas de un timbre cristalino, delicado y misterioso a la vez. En lo alto, la roca se quiebra en largas heridas en cuyos oquedades habitan los murciélagos. Pocas sensaciones tan extrañas, una vez dentro de la caverna, que apagar la llama que la ilumina y obligarnos a un difícil silencio. El espesor de la soledad se hace insufrible. Lejos de la luz, lejos del libre ámbito del aire, la seguridad de la vida parece extinguirse, y un arcano temor nos sobrecoje. El pensamiento se teme a sí mismo. Es preferible hablar por el simple goce de reconocernos y de no perder la conciencia extraña de estar vivos. La idea de nuestra pequeñez física hace temblar. No es extraño que el visitante imagine que el techo de la gruta comienza a bajar hacia su cráneo, y no se puede desafiar el terror de imaginarlo. El bloque entero que gravita sobre el cuerpo del hombre representa un peso incalculable. La sombra misma parece que nos pega al aniquilamiento. De pronto, imperativamente, la boca se abre y la palabra salta como un desahogo, deseosa de quebrar aquella pesadilla. Y los ojos reclaman la luz, antes de que el vuelo de algún murciélago, habituado a vivir en aquel sepulcro, nos haga erizar como el llamamiento de la muerte. El conjunto de la sensación, si tenéis a la vez rápida fantasía y coraje de pensamiento, representa, a no dudarlo, una hermosa prueba de la profunda emoción de existir y de la experiencia de exterminarnos en pensamiento, para volver después al aire abierto sobre los campos, y a la libre y deliciosa luz del padre Sol.

V

¿Qué busca la piedra con su fuerte presencia? ¿Ansía la irrupción de la vida, o está orgullosa de su castidad y de su aridez? ¿Vale en el planeta únicamente como soporte y estructura, y satisfecha de su destino fundamental, rechaza la caricia y el amor de los vientos, el nervioso corrimiento de las aguas sobre sus rígidos flancos, la mordente raíz que se ahinca en anudarse a sus grietas? La naturaleza no acepta los orgullos desmedidos. Muchas veces abate la soberbia con la delicadeza. El aire leve muele y pulveriza con su apasionado oxígeno la soledad del peñasco; el agua pule, socava, y hiende surcos viboreantes en la cohesión de la roca, y hasta se filtra a través de toda la mole empapando la trama molecular y desprendiendo después la limpia y generosa fuente de los ríos. La hojarasca hecha polvo se incrusta en los poros bajo los martillos del huracán, y allí hunden su sed los musgos y los líquenes. La piedra huraña no logra, pues, si es que lo desea, la soledad absoluta. Mil raíces de ombú resquebrajan los grandes fragmentos despeñados en el eterno combate, y abren paso en las cicatrices al fermento de las actividades orgánicas. La célula vital batalla contra la molécula geológica con la ansiedad de la expansión y del crecimiento. Pero el triunfo de la vida misma se ostenta en toda su generosidad en el instante primaveral en que, miriádicos claveles del aire, arraigados en los vastos y duros flancos del cerro, abren sus flores unánimes, y tapizan con su ternura sensible la sorda potencia de la mole, que acaso termina estremeciéndose por el innumerable beso floral de la primavera. ¡Imaginad la belleza de ese supremo imperio del amor! ¡Sobre los tonos grises, acerados y violentos de la roca, símbolo primario de las grandes fuerzas cósmicas que cuajaron el rudo plasma del astro, una túnica de flores aéreas, sutiles y delicadas como espíritus, que al paso de la brisa, danzan uniendo y desatando la luz de sus vivientes colores!

Carlos SABAT ERCASTY.

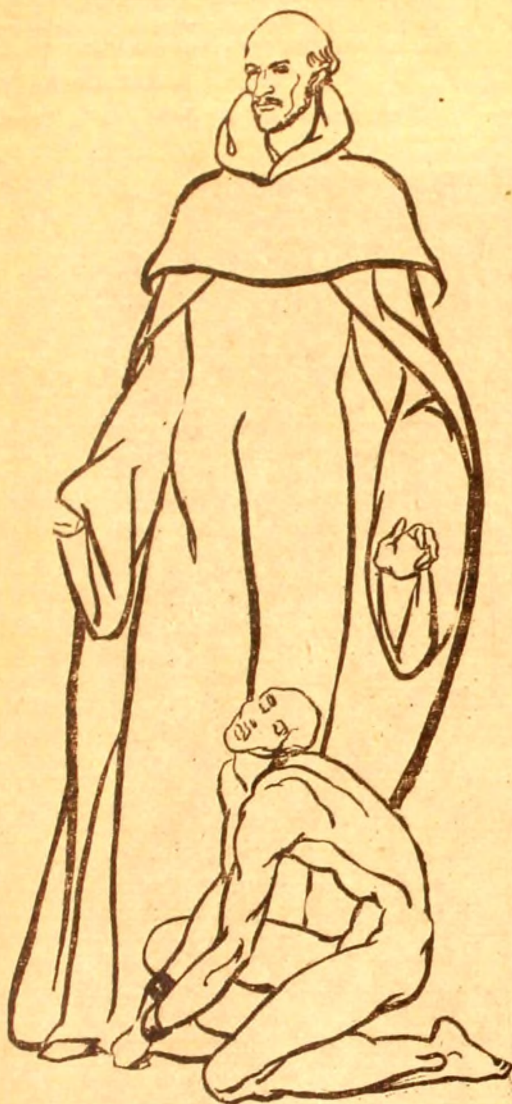
(Fotografías del Dr. Julio María Sosa).





Las Casas y Carlos V

DE un formidable interés es el libro que escribió el señor Reinhold Schmeider acerca de la vida de Fray Bartolomé de las Casas, el llamado "protector de los indios", que tradujo del alemán don Alberto González Fernández, actual secretario de relaciones exteriores. Se requiere un conocimiento profundo del idioma para escribir, traduciendo, una prosa tan elegante y bien cortada, con unos pocos necesarios arcaísmos, como "la disputación", que recuerda al Arcipreste, con sostenido ritmo y con



EL PADRE LAS CASAS. (DIBUJO DE TRUJILLO).

giros que revelan el gusto de los clásicos. Impresa en la casa Herder Friburg, en Blisgovia, la edición española viene hermosamente encuadernada, en pasta de tela roja, sobre la cual se estamparon en oro reluciente una cruz y una espada.

Símbolos son, el signo de la redención y el instrumento de la conquista, de esa vida difícil, luchadora, que tuvo el gusto del mundo y de sus pompas y después cansancio, su mal sabor, su desprecio, para culminar en la defensa de los seres inermes, perseguidos en el mundo descubierto por Colón, después de ser robados, y una vez aprehendidos, torturados, vilmente asesinados, o reducidos a la esclavitud por los insaciables buscadores de oro. Es una vida escrita casi en forma de novela, sin ninguna cita de documentos, sin fechas, como interpretación más bien de una doctrina y de un espíritu.

Mejor así. Aparece el padre De las Casas a bordo de una carabela, de regreso a la metrópoli, mientras los indios que lo lloran le hacen señales de adiós desde la playa. Ha oído a uno de los colonos ricos, que llevado por indios se había hecho conducir hasta el embarcadero, en una hamaca, la expresión del deseo de que la nave se hunda para que desaparezca el perturbador de los negocios coloniales. Sin preocuparse de semejante miseria, ha empezado a bordo la conquista de un alma. Don Bernardino de Lares, luchador que lleva en el cuerpo muchas cicatrices de flecha y que va enfermo, es portador de un cuantioso botín, producto de sus aventuras, con el que podrá pasar sin esfuerzo y con opulencia el resto de su vida.

En sus conversaciones con el padre De las Casas pasan todos los sistemas y todas las teorías de la Conquista. Allí Hernán Cortés y Pizarro, después de todas las desventuras de Colón, pero allí especialmente el diminuto don Alonso de Ojeda, tan valeroso y tan fuerte, tan audaz y tan tenaz, pero tan implacable, de una insaciable codicia y de una fría crueldad, con demostraciones de arrojo que espantan y deslumbran, duelista en sus mocedades, tipo de capa y espada, y de aventura, de los primeros en alistarse para la empresa del descubrimiento, sublevado contra Colón, encadenado, fugado de la prisión con grillos, hábil en ardides y en traiciones con los pobres caciques, hombre a quien le llevaban las mujeres como gallinas al gallo, y las perlas y las joyas como a las mujeres, de ánimo tan heroico que para contrarrestar los efectos del veneno se hizo aplicar sobre la herida de flecha un hierro candente, devoto al propio tiempo, caballero de la Virgen, y tan contagiado en el fondo del misticismo español que en la agonía pidió ser enterrado en la iglesia, bajo las baldosas, en forma tal que cuantos entraran pasaran por sobre sus huesos.

De los muchos casos de felonía y de sordidez en que la Conquista abunda, tan impresionantemente relatados en este hermoso libro, queremos citar algunos. El de los dos hermanos tramposos y ladrones que explotaban a los indios con baratijas, en quienes la sed de riquezas era tan grande que cuando uno de ellos murió no se vió en el rostro del otro el dolor de la pérdida, sino la felicidad de la herencia. El del noble cacique que subió con presentes al barco del capitán codicioso, y a una señal dada por éste fué amarrado por dos grumetes y mantenido en rehenes, mientras los súbditos acongojados limpiaban sus habitaciones humildes de toda partícula de oro para pagarlo por su rescate.

Otros más curiosos. El del subterráneo sagrado donde los muertos de la casa real pendían del techo como lámparas, sostenidos por finas cuerdas, ataviados con mantos de plumas consteladas de perlas y láminas de oro, profanados por los visitantes españoles, quienes rápidamente arrebataron las telas y dejaron girando los cadáveres. El de los pueblos incendiados para evitarse el trabajo de buscar el oro, porque el oro se encontraba después más fácilmente entre las cenizas. El de los nidos humanos en los árboles, que a golpes de hacha venían estrepitosamente a tierra con su carga temblorosa de carne y de gemidos. El de los indios cazados como tiburones, a quienes se arrojaba una cuerda al agua para que se prendieran, a fin de poderlos lancear más fácilmente.

Cuán explicable la determinación de aquéllos, obligados a trabajar bajo el látigo, perseguidos en su fuga por los perros de presa, torturados con los sistemas del más cruel refinamiento, que bajo las palmeras, en Cuba, se repartían trozos de soga para ahorcarse! "Tan hondamente estaba arraigada la rebeldía en esta ralea de perezosos, decía el inmisericorde explotador, que preferían morir antes que servir al amo con su trabajo honrado". Pero el amo tuvo una idea genial: les pidió ahincadamente un pedazo de soga para hacer lo mismo. No tenía objeto la vida si ellos renunciaban a servirle. Prefería esperarlos en el otro mundo, en donde lo seguirían sosteniendo. Los indios candorosos, por escapar a lo indefectible del más allá misterioso, volvieron al trabajo.

En el barco, que ya iba llegando a las Canarias, Bernardino de Lares le hablaba al padre De las Casas de sus propias fechorías y de su remordimiento. El sacerdote le recordaba la ley suprema de dios. Poco a poco se iba haciendo la luz en esa alma. Tanto, que una vez llegado a España, y no obstante las grandes riquezas que llevaba, se les presentó a sus hermanos vestido de mendigo para probar, con resultado desastroso, el valor de los afectos. Y más tarde, cuando la luz es cenital, se despoja de todo y no deja un maravedí ni siquiera al hijo que tuvo en la mujer a quien amó con locura, hijo expósito, que al final de la vida del caballero reaparece, consagrado a dios afortunadamente, y dispuesto a seguir en labor de evangelizador, de misionero, al humilde y glorioso padre De las Casas.

Pero éste llega, temeroso de no ser escuchado, por el valimiento de los abogados, teólogos inclusive, que ante el propio monarca tienen los explotadores, a dar la gran batalla. En su "Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias" están históricamente relatados los horrores de que fué testigo en América. En el libro de Schmeider consta lo esencial, mencionado en la disputa formidable que el padre De las Casas tuvo con el erudito Ginés de Sepúlveda, en presencia de su majestad, el emperador Carlos V. En el mundo ancho y oscuro, como decía él, la sed de las riquezas y el ansia de dominio habían ido acabando con la ley de Cristo. Y en donde no había ojos avizores, como en las Indias, ni autoridades cercanas, ni capacidad de protesta, las depredaciones llegaban hasta extremos que antes no debió conocer sino el demonio.

La voz del dolor llegó a Las Casas, testigo de la crueldad sin respiro y de la explotación sin vergüenza. Pero en la metrópoli, ojos que no ven, corazón que no siente, todo se apreciaba por los resultados. Los aventureros de España le habían dado a España tierras nuevas, tesoros inagotables, el fulgor de la gloria. Las quejas de los torturados, el estertor de los moribundos, el ruido de las batallas, no alcanzaban a oírse. Ni valían la pena, tratándose de seres de quienes ni siquiera se sabía si tenían alma. Lo que en Las Casas era un pecado, la violación constante de los mandamientos, en arzobispos, obispos y teólogos como Sepúlveda, era sencillamente el derecho a los indios. Para convertirlos a la verdadera fe, supremo objeto de la Conquista, había que preparar el terreno, es decir, que someterlos. Solamente la espada podría abrirle el camino al Evangelio.

Pero enterado Sepúlveda del prestigio de Las Casas y resuelto a ganarle la partida delante del emperador, se fué a fondo. Frente a los pretendidos derechos del alma y a la teoría de que dios había creado libres a los hombres, levantó la bandera de los derechos del Estado, porque si el mando se debilita, la religión se acaba, en forma tal que de complacer al soñador de Capablanca habría que ver derrumbarse el mundo nuevo. Ante la colérica declaración de Las Casas, de que las guerras de España habían sido infernales, en términos de merecer el castigo de dios, Sepúlveda lo acusó de traidor a la patria y en seguida de hipócrita. Las Casas había tenido esclavos y haciendas, había sido un negociante, había aconsejado en Guatemala el tráfico de negros. Ahora predicaba la compasión por los indios, que no eran más hombres ni tenían más alma que los negros, calumniando a los conquistadores españoles y socavando con su excesivo celo los cimientos del Estado.

Fué solemne el momento en que Las Casas, que había gemido al oírse acusar de negrero, tomó la palabra para afirmar que cuanto había dicho Sepúlveda era cierto. Reconocía que había sido un hombre malo, un buscador del goce, hasta el momento en que la voz suprema de Pedro de Córdova le hizo comprender qué valor muy superior al del oro es el de las almas. Dios redimió en él al hombre indigno, al pecador que había sabido arrepentirse, al que, como tantos otros, vivía en la injusticia y en el desconocimiento de la ley divina. El consejo acerca de la importación de negros fué un error, no un delito. Creyó que podrían resistir mejor que los indios el trabajo y los cambios de clima. Se equivocó. Pecó. Se arrepintió. Pero ahora no tenía sino la locura de la cruz. No defendía el pasado. Lo había expiado, como tuvo que expiarlo hasta Colón, y ahora, limpio de las aberraciones juveniles, se levantaba contra la injusticia.

Quería que se hablara de los hechos, no de las teorías. La erudición le parecía una carreta que podía arrastrar cualquier rocín. Para hablar con autoridad de las Indias era necesario haber visto las terribles maldades cometidas con los aborígenes y haber contemplado, con el alma estremecida, los racimos de muertos. El había oído las maldiciones de las víctimas a los sacrificadores y había presenciado la negativa de los moribundos a recibir los sacramentos por el temor de ir al paraíso de los blancos. Los había visto morir a latigazos o quemados vivos o colgados de los árboles. Peor que los gritos eran los sollozos, las miradas ansiosas, los ojos mudos, anegados en lágrimas. Había visto cosas horribles, cosas que hubieran sorprendido al mismo demonio. Al llegar a este punto, Bartolomé de las Casas se desplomó sobre la mesa. Apenas se oían sus gemidos entrecortados. Carlos V, mortalmente pálido, presa de intensa emoción, lo contempló con piedad. Miró en seguida al cardenal Loayza, arzobispo de Sevilla, presidente del Consejo de Indias. Este se levantó.

Empezó por declarar que en realidad conmovía la relación del misionero y que era hermosa su devoción por los indios, pero que convenía averiguar si éstos eran inocentes y si aquél tenía el mismo corazón para los españoles. Había sido testigo presencial el padre De las Casas del sacrificio de los jefes indios, de la entrega de las muchachas a los presidiarios, de la tortura, de la mutilación de los mejores, de los asesinatos en serie, del sacrificio de ancianos, de mujeres y de niños. Pero también había otros testigos presenciales que podían mostrar el reverso de la medalla y hablar de las crueldades de los indios. Citó como testigo al capitán Vargas, quien se presentó a declarar que eran muy diferentes los naturales como feligreses, cuando la espada había impuesto la ley, a los que todavía no habían sido sometidos. Esos eran belicosos y arteros. Tenían todos los vicios. Vendían a sus mujeres, abusaban de sus hijas y de sus hermanas, degollaban a sus enemigos, cocinaban en sus marmitas carne humana. Eran siervos de Satanás. Ponían pavor en el alma endurecida de los soldados. Eran bestias. Había que barrerlos. Con ellos, la espada era la mejor escoba.

Reaccionó el padre De las Casas escuchándolo. Serenamente se irguió. A quien se opone con la espada a los demonios, dijo, los demonios le llevan la mano. Es posible que se alojen en los cuerpos de algunos indios los seres infernales. Solamente la cruz logrará desalojarlos. La docilidad vendrá con los sistemas humanos, porque los inhumanos no despiertan sino la rebeldía y el odio. Para contrarrestar el testimonio del capitán Vargas, citó el de Bernardino de Lares, quien se presentó a decir que le sería fácil defenderse ante un tribunal humano, pero no ante dios porque, a semejanza de otros conquistadores, se había hecho instrumento del demonio y, en la persecución de las riquezas, había abandonado su alma. Ahora se arrepentía de su vida de codicia y se despojaba de sus bienes. Se los transfería al padre De las Casas para que los empleara en la protección de los indios, como una compensación por los males que él había hecho y como un desagravio.

El misionero se volvió hacia él. Dios, le dijo, tiene tantos derechos como vos, y restableced a sus jefes en sus tronos. Lo que España ha acaparado en las Indias es ajeno. Hay que devolverlo. Este pueblo está enfermo y no sanará sino con la restitución de lo robado. Acabad con la injusticia. No preguntéis a nadie sino a vos mismo. Es mejor llevar a las Indias los tesoros de España, que arrebatar lo que no nos pertenece. Yo quisiera que dios me llamara a su seno para no continuar siendo su testigo. Es la hora de España. Si la desaprovecha España, que tantos crímenes ha cometido, vendrá el castigo del cielo. Dios sería justo si destruyera el prestigio de este pueblo". Empujado por su misma elocuencia, Bartolomé de las Casas se acercó hasta el abismo. Carlos V, iracundo, se levantó de un salto y con los puños apretados salió del salón de la disputa. De las Casas quedó orando, confundido, convencido de que la cólera había dañado su causa porque él sentía que en el fondo el emperador lo acompañaba.

Pero días después, cuando Bernardino de Lares, antes de morir, dijo que no podía legarle a su hijo bienes robados y que se los dejaba al misionero para que los devolviera a los indios, con lo que se sentía más rico que cuando disponía de ellos, el César herido que había en Carlos V reaccionó, quizás después de una larga visita a su madre, doña Juana la Loca, y de una larga meditación sobre la injusticia y sobre las vanidades terrenas. Mandó llamar a Las Casas para una audiencia que debía verificarse inmediatamente después de que saliera, para montar en su coche principesco, don Hernán Cortés, el conquistador que en Méjico había quemado las naves. Las miradas de éste y las del padre se encontraron. Cortés bajó los ojos. El misionero penetró al palacio. Allá tuvo la dicha de que el emperador le dijera que después de haber meditado largamente en lo que el había escuchado, estaba dispuesto a dictar medidas para protección de los indios. El César español se iba espiritualmente acercando, con la lectura de los místicos y el espectáculo de su madre enferma, al monasterio de Yuste.

Le ofreció al misionero la más rica de las diócesis del mundo descubierto, que era la del Cuzco. Se frunció Las Casas como ante una ofensa. El emperador, gravemente, con profundidad, le observó: "El rasgo es también un sacrificio". Y agregó que para mejor defender a los indios, en cuyo servicio acababa de dictar disposiciones trascendentales, convenía ser obispo. El padre De las Casas aceptó serlo, pero en un sitio humilde. Y así, consagrado como obispo de Chiapas, y en compañía del hijo de Bernardino de Lares, el aventurero cuya alma había salvado y luego entregado a dios, partió para las tierras lejanas, para donde sus indios, en cierto modo para lo desconocido, anciano ya, gastado, enfermo, pero encendido en la fe que lo conduciría a las alturas por el camino de redención que él mismo abrió, en la selva de las mentes, para que por él transitaran sin miedo los humildes...

L. E. NIETO CABALLERO.

SOCIALES



NORMA MIREYA VIGNOLI PIZZOLLI, DE LA SOCIEDAD DE SARANDI DEL YI, QUE ACABA DE FESTEJAR SUS QUINCE AÑOS.





"LO QUE DIJO EL AIRE"

RED SKELTON Y ANN RUTHERFORD, CON CONRAD VEIDT Y VIRGINIA GREY SON LOS INTERPRETES DE LA PELICULA QUE EXHIBE ACTUALMENTE CINE METRO.

★ CINE ★

"TIENDA DE LOCURAS"

LOS FAMOSOS COMICOS HERMANOS MARX REAPARECEN EL VIERNES EN EL METRO COMO INTERPRETES DE "TIENDA DE LOCURAS".



LA FOTOGRAFIA ARTISTICA

Uno de los tantos magníficos panoramas de PARQUE DEL PLATA.



EL MAHATMA GANDHI, AL QUE VA A VISITAR STAFFORD CRIPPS, APARECE CONVERSANDO CON EL PRESIDENTE ELECTO DEL CONGRESO NACIONAL HINDU, Sr. YAWAHARLAL NEHRU.



ABASTECIMIENTO PARA RUSIA, ARMAS Y PERTRECHOS DE GUERRA ENVIADOS POR GRAN BRETAÑA. LA FOTO MUESTRA UN TREN CARGADO DE ARMAS SALIENDO DE LONDRES.



FABRICAS SUBTERRANEAS DE AVIONES. — E INGLATERRA SE ESTAN UTILIZANDO LAS GALERIAS SUBTERRANEAS DE ALGUNAS MINAS PARA INSTALAR EN ELLAS FABRICAS DE ARMAME TOS, ADAPTANDOLAS CONVENIENTEMENTE A ESTOS NUEVOS USOS COMO LO DEMUESTRAN ESTAS DOS NOTAS: UNA SECCION DE TALADROS DE PLANCHA PARA AVIONES Y DEPOSITO DE MATERIALES. ADVIERTASE QUE ESTAS INDUSTRIAS ESTAN ATENDIDAS POR PERSONAL FEMENINO.



NOTICIARIO



SIR STAFFORD CRIPPS, ANTES DE SALIR DE LONDRES PARA LA INDIA, DIRIGIO UN ENCENDIDO DISCURSO A LOS MIEMBROS DE LA ALIANZA DE LA JUVENTUD ANGLO-SOVIETICA, EN WESTMINDTER.





DEPOSITO DE PETROLEO EN UNA DE LAS BASES ATACADAS POR LOS BRITANICOS, OCUPADA POR LOS ALEMANES.

DOS ENCARGADOS DE TANQUES BRITANICOS DESEANDOSE "BUENA CAZA" ANTES DE INICIAR UNA OFENSIVA EN LIBIA.



PRISIONEROS DE GUERRA ITALIANOS LLEVANDO AGUA A SU CAMPAMENTO, VIGILADOS POR SOLDADOS HINDUES.

X TORNEO SUDAMERICANO DE BASQUET - BALL

EN Santiago de Chile finalizó el X Torneo Sudamericano de Basketball que consagró nuevamente campeón al equipo de la Argentina, que obtuvo su título en match de desempate con nuestro seleccionado. Está en buenas manos el campeonato, pues los argentinos demostraron sobriedad, eficacia, alto espíritu de lucha, en plantel de verdaderos atletas Uruguay, que no formó su mejor representación, conquistó segundo puesto significativo, rindiendo más de lo esperado. Chile, dinámico; Brasil, técnico, pero poco decidido, ocuparon el tercer lugar. Ecuador, último, aunque en franca superación. Pero por encima de todo, indisolubles lazos de fraternidad unieron una vez más a deportistas representativos de cinco países americanos.



CONJUNTO URUGUAYO, VICE CAMPEON, LUEGO DE EMPATAR EL PRIMER PUESTO. DE PIE: BRASELLI, VITUREIRA, CIESLINKAS, RUIZ, MESSA, MAGARIÑOS. — ADELANTE: TRONCOSO, FERNANDEZ, MEDRANO, RODRIGUEZ Y PARDEIRO.



TEAM URUGUAYO EN EL DESFILE INAUGURAL, CON VITUREIRA DE ABANDERADO, DETRAS LOS DELEGADOS SEÑORES DOMINGUEZ Y GARDONE; EN TERCER PLANO, CANALE Y ROSSINI, JUECES, CON BRASELLI, DIRECTOR TECNICO, EN EL CENTRO.



ARGENTINOS Y ECUATORIANOS, ANTES DE COMENZAR EL MATCH, CON LOS JUECES URUGUAYOS. ECUADOR DEMOSTRO MUCHO ADELANTO RESPECTO A SU DEBUT EN EL SUDAMERICANO DE 1938.



CHILE, PESE A SU CONDICION DE LOCATARIO, FUE SUPERADO CON HOLGURA POR URUGUAY Y ARGENTINA. AUN ESTA UN POCO LEJOS LA TECNICA DE LOS TRASANDINOS, QUIENES SIEMPRE EXHIBEN GRAN ENTUSIASMO.



ARGENTINA, QUE RETUVO CON TODA JUSTICIA EL CAMPEONATO SUDAMERICANO, YA OBTENIDO EN MENDOZA EL AÑO PASADO. SIN MAYOR PREPARACION, IGUALMENTE EL EQUIPO DIO IMPRESION DE POTENCIA Y HOMOGENEIDAD, LOGRANDO SCORES SIGNIFICATIVOS. UNICAMENTE PERDIO ANTE URUGUAY.



Tarzan



por EDGAR RICE BURROUGHS

REUNIÓN SORPRENDENTE























